

EDITORIAL

CLINICOS,
INVESTIGADORES
Y
SANITARIOS

EL CONCEPTO clásico del médico es el del clínico, el del terapeuta, que ejerce su profesión atendiendo a los enfermos para tratar de curarlos; es el médico por antonomasia, el que representa en sí mismo la tradición, el que ha sido exaltado y ridiculizado, admirado y hasta temido. Es el médico que las viejas familias tienen en mente cuando recuerdan o hablan de él.

La ciencia médica tiene, al igual que el arte médico, perfiles apasionantes, por eso no es nada raro que constituya a menudo incentivo su estudio para médicos y educandos. Penetrar más y más en su conocimiento, desentrañar los innumerables misterios que aún presenta, evaluar teorías, comprobarlas y proponerlas, es a menudo una necesidad de la mente humana. Aquellos que dejan todo por abrazar esta disciplina tienen manera de investigadores y encuentran su campo dentro de estas materias, enfocando su atención hacia la anatomía, la fisiología, la bioquímica, la farmacología, la bacteriología o los parásitos.

Hemos afirmado ya que la medicina del porvenir será preventiva, tratará de combatir a la enfermedad antes que ésta ataque al hombre y para lograrlo se hará necesario el estudio minucioso de los agentes agresores del equilibrio orgánico, de su mecanismo de propagación y de contagio, los huéspedes intermediarios, la importancia del medio ambiente, los adelantos de la civilización, el maquinismo, las guerras, etc.

Muchas de estas causas son evitables y a ello se aplican ahora las medidas preventivas; pero hacerlo requiere técnicos preparados en estas disciplinas; son en nuestra profesión los médicos sanitarios; que se relacionan y se auxilian con los ingenieros civiles, los químicos, antropólogos y especialistas en sociología, así como una serie cada vez más extensa de trabajadores para-médicos como enfermeras, laboratoristas, fumigadores y operarios de índole diversa.

Por tanto clínicos, investigadores y sanitarios constituyen las tres funciones del trabajo médico de ahora. Cada enfermo que consulta plantea numerosos problemas y hace trabajar, por medio del juicio y razonamiento del médico consultante, toda la maquinaria científica que la medicina constituye. El médico moderno sabe que al lado de su exploración personal rigurosamente clínica, de sus dotes manuales y personales, de su experiencia y capacidad, verá resuelto el problema diagnóstico y el problema terapéutico en forma mucho más fina si recurre a las exploraciones complementarias, que han sido puestas a nuestra disposición por los científicos que trabajan en nuestra rama.

Pero además de la preparación y de los atributos científicos que un buen médico debe poseer, es necesario, para ejercer bien la medicina, un hondo sentido humano para comprender al que sufre y, ante lo irremediable, hacerle menos cruel el dolor y menos traicionera la muerte. Del éxito brotará la satisfacción del fracaso la tranquilidad de conciencia.

Porque debemos poner pasión y espíritu de sacrificio en el ejercicio profesional; nuestro trabajo tiene la más alta jerarquía puesto que la cosa más grande que tiene el hombre, "la vida", provee el material con que trabajamos. Nuestro esfuerzo va dirigido permanentemente a evitar el dolor y retardar la muerte, a mantener la salud que es el don máspreciado que el dinero. Por eso el médico, que es heraldo de esperanza, se siente rodeado de cariño y respeto y en ocasiones de veneración. ¿Qué otra actividad humana ha conseguido igual compensación?

Esto demanda que tengamos realmente una vocación enérgica, voz interior que llama sin titubeos hacia determinada actividad, impulso irresistible de desenvolver la vida en ese campo, cumplir un destino que clama dentro de uno. Cuando esto se tiene, la tarea se aligera, de otro

modo es muy pesada, pues la necesaria convivencia con el dolor humano no es labor grata para el que no tiene vocación, y la perspectiva de una vida que se desarrolla entre la miseria, la mugre y la enfermedad, no tienta a nadie.

La misión nuestra es más pesada que la del sacerdote, pues como dice el Dr. Marañón: "este no tiene que afilar su ciencia todos los días como el galeno y no se acerca a la miseria humana como nosotros, con la carga terrible de la responsabilidad. El sacerdote sabe que va a hacer un bien y a dejar en pos de sí una estela de veneración. El médico en cambio no sabe si con toda su ciencia y su buena fé acertará, y sabe menos si acertando o no, le acompañará la gratitud, siquiera el respeto del enfermo y sus familiares".